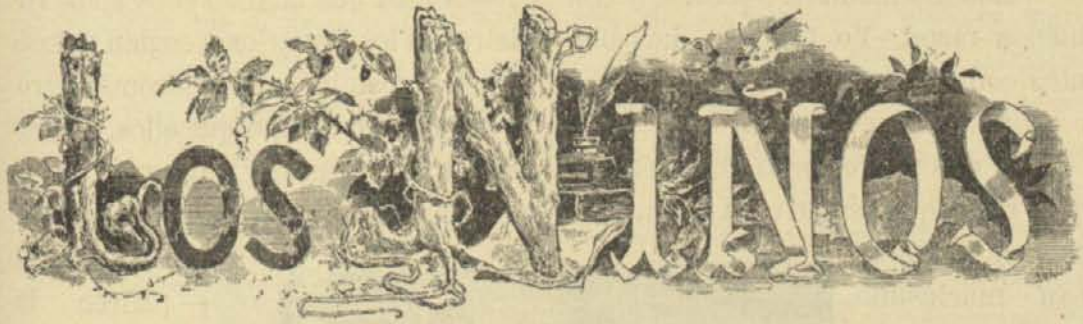
Año I. Barcelona 1.° de Marzo de 1883. Núm. 5.



REVISTA QUINCENAL DE EDUCACION Y RECREO.

DIRECTOR: D. CÁRLOS FRONTAURA.

DIÁLOGOS DE NIÑOS.

I.

La viejecita.

¡Eh abuela!...

—Oiga V. tia Marizápalos, ¿esa cara es de V. ó postiza?

—Niños mios, no os riais de mí y dadme una limosnita, que Dios os lo pagará.

—No entre V. en el portal, que le vá á poner perdido. Trae V. más lodo en los piés....

—Otros llevan el lodo en donde no se vé.

—¿Qué dice V., abuela?..

—Que no tengo nietos, y no soy abuela.

—Pero es V. vieja y revieja.

—Y fea.

—Y mala, que hasta los perros le ladran cuando la ven venir.

—Porque á los perros les han pervertido las personas, haciéndoles que se fien de apariencias, pero más debian ladrar los perros á muchos que andan por esas calles muy puestos de camisa limpia y con sus guantes y todo cuento, que á la pobre viejecita, que no se mete con nadie.

—Sabe V., mucho, tia.... ¿Cómo se llama V?. .

—Como me pusieron en la pila. Pero no me llamo tia, porque no tengo sobrinos.

—Pues V. no tiene nada, ni á nadie.

—¡Vaya si tengo! experiencia y esperanza. Y he tenido mucho más que vosotros, niños mal criados y desvergonzados.

—¡Nos insulta esta tia!

© Biblioteca Nacional de España

—Más me insultais vosotros y con ménos razon. Yo tambien he sido niña como vosotros.

—¿Sí? Parece mentira.

—Y mis padres eran unos señores muy ricos, que tenian casa en muchas partes, y ganaban muchísimo en el comercio; y al lado de mi cuna, y velando mi sueño, siempre tenian mis padres una criada de las cinco ó seis que destinaban á mi servicio.

—Abuela, abuela. Date tono, Mariquita. Pues parecería V. una princesa Micomicona.

—Sí, señor, propiamente una princesa. Y que era yo la niña más guapa que habia en el mundo.

—¡Caramba! ¡lo que ha variado V!

—Mucho, hijos, mucho, pero ya vereis cuando vosotros tengais mis años y hayais pasado tantos trabajos como yo. Era la niña mimada; mis hermanitos siempre estuvieron sometidos á mí; yo era la que mandaba, ellos quienes obedecian, porque mis padres me daban, con su preferencia en mi favor, autoridad sobre ellos. A ellos les reñian cuando hacian algo malo, pero á mí me disculpaban siempre.

—Pues tenia V. una ganga...

—Así es que cuando ellos solos registraban los armarios y cogian golosinas, les costaba cara la broma, pero si yo hacia lo mismo que ellos, entónces era una gracia, y no tenia malas consecuencias para ellos la travesura.

—¡Miren la vieja, qué suerte tenia cuando chica!

—En la casa librábanse bien todos de causarme disgusto, porque mis padres no dejaban sin castigo á quien me hiciera llorar. Un dia, un hermanito mio, Dios le tenga en su santa glo-

ria, me rompió un espejo que me habian comprado para que estuviera

© Biblioteca Nacional de España

mirándome en él todo el dia, y yo puse el grito en el cielo, y vino mi padre, y se enteró del motivo de mi

pena y á mi hermano le dió una azotina, le encerró tres dias á pan y agua, y por poco le cuesta la vida al pobre haberme roto el espejo.

—Pues ¿qué le pasó?...

—Que mi hermanito, que era muy travieso, se salió del cuarto donde estaba encerrado, en el corral, y se pasó, escalando una pared, al jardin de un vecino nuestro. Y como el pobre chico tenia hambre, fué á coger una fruta muy rica que habia cerca de una casita, donde estaba un perrazo atroz de grande y muy fiero. Mi hermano no habia visto al perro, pero el perro sí que le habia visto á él, y en cuanto cogió la fruta el chico, el animal sacó la cabeza, y si no hubiera estado sujeto, allí le hace pedazos. Mi hermanito asustado cayó, y se rompió un brazo; el dueño del jardin salió con la escopeta, disparando tiros, creyendo que habian entrado ladrones, y, no conociendo á mi hermano, y tomándole por un chico vagamundo, le pegó cuatro lapos, porque aquel hombre era muy bruto. El caso es que mi padre, luego que se enteró del caso, insultó al vecino, y faltó poco para que los dos se pegaran, y mi hermano estuvo más de un mes en la cama, y como mi madre y yo habíamos cobrado mucho miedo al vecino y á su perro, y no queríamos vivir allí, mi padre tuvo que vender la casa de campo, perdiendo mucho dinero. Y todo por un espejillo roto, que no valía más de una peseta.

C. FRONTAURA.

(Continuará en el número próximo.)

© Biblioteca Nacional de España

AVENTURAS DE PERIQUITO.

II.

Periquito sietemesino.

Sí, si señor: Periquito Suficiente, á los veinte años, tenia ya la mala intencion de un toro de Miura y la destreza de un gato montés: y para mal de todos, su cara, aunque á prueba de bofetones, era lisa, sonrosada y agradable; si señor; no hay que quitarle este mérito, de que al fin y al cabo, él no tenia la culpa.

Periquito era desgraciado: ¿y cómo no cuando se es único hijo de padres bondadosos hasta el exceso y ricos en demasía?

Periquito, pobre, hubiera sabido quizás limpiar botas, deshollinar chimeneas, recoger boñiga de caballo y echar medias suelas á unos zapatos con orejas, ojos y oidos; pero ni sabia él eso, que por fuerza aprenden tantos infelices, ni siquiera sabia comprender que el mundo no se ha hecho para los que no tienen más alma que la de un cántaro roto.

Pasito á pasito, Perico fué llegando á graduarse de bachiller en *Fumalogía*, doctor en *Trasnochina*, licenciado en *Petulancia*, y catedrático hecho y derecho en *Torcido*.

Sus dedos estaban negros de tabaco y su mesa blanca de ceniza: su cuarto apestaba á colillas, y no se veia en él un buen libro por un ojo de la cara: no diré que hubiese cosas que la mamá no hubiera quitado, pero habia muchas de las que el papá nada sabia.

Tonto de capirote es preciso ser para

engañar á los padres: ellos, como los médicos, son los ménos perjudicados en tales

© Biblioteca Nacional de España

embustes, y sus autores purgan demasiado el delito de arrojar las medicinas á la calle.

El hijo, que oculta algo á sus naturales protectores, es tan *ingenioso* como aquel quinto que hurtaba la pólvora del cuartel para *calentarse las manos* en invierno.

En fin: ya vereis qué bien se porta, cómo á Perico le irá, desde el momento

en que corta un *Cable* que no le importa, aunque es *paterno*, y se vá.

III.

Periquito libre.

Si señor, libre, libre; abandonó ya la casa paterna; rióse despues de los visajes que hacia su abuela al despedirle, ¡pobrecilla! ¡lloraba á lágrima viva! cuando ántes cualquiera travesura de Perico le hacia

reir; y salió de la casa en que habia nacido con una cartera llena de billeticos de Banco, que no le pesaban en el corazon, á pesar

de llevarlos encima, porque quizá el corazon suyo se habia traspapelado; salió cantando una marcha y dando con el baston en los árboles para castigarles por la sombra que le habian proporcionado en los calurosos dias en que iba de caza: pegó un puntapié á un perrillo que salió á olerle, como si dudase entre el tufo de borrico y la figura de persona; y al tomar el tren para encaminarse á la capital, despidióse de su villa natal diciendo:

—¡Adios cursilones! hasta núnca!

Si el dinero que llevaba encima se convierte en sapos y culebras, era yo capaz de llamar hasta *bonitas* inclusive á las referidas alimañas.

© Biblioteca Nacional de España

Pues señor, nada ménos que en un wagon acolchado llegó D. Perico á la capital, y su primera hazaña fué llamar *bruto* á un

faquin que no sabia leer ni escribir, pero si honrar á Dios y á sus padres, y que le pisó sin querer, aunque bien merecido tenia cualquier pisoton de gallego obeso; encendió un puro, metióse en un coche y se mandó conducir al hotel de Rusia para hacer boca.

Instalóse en un cuarto de aquellos de rojo y dorado, que para los príncipes viajeros se estilan; conocíase muy bien que al mocito no le costaba tirar el dinero por la ventana, pero ¿y á su padre?.... Dios sabe las congojas y fatigas que representaba para él un dia siquiera de la vida alegre de su Periquito. Cria cuervos..... y así vá ello.....

Y ¡cómo le hubieran querido ver la cocinera y los mozos de su casa, mientras, él montaba á caballo, saludaba á íntimos desconocidos, y á señoras prendadas de su buena cara! ¡Es una lástima que los chicos malos no tengan cara de conejo ó de lobo, para que el mundo pueda conocerlos!

Nuestro héroe roncaba por la mañana, comia al medio dia costosas aves y peces traidos de remotos mares; bebia, en diversas horas, vinos destapados á taponazo limpio.... rodeado de amigos de todas castas, excepto la buena, y de elegantes personas, indispensables en todo festin á lo Periquito: salia luego á cansar caballos y á revolver las tiendas, para satisfacer costosos caprichos, entablaba relaciones con todo el mundo; y á lo mejor, pescando el tren, íbase á respirar las brisas perfumadas granadinas y sevillanas, ó á sumergir-

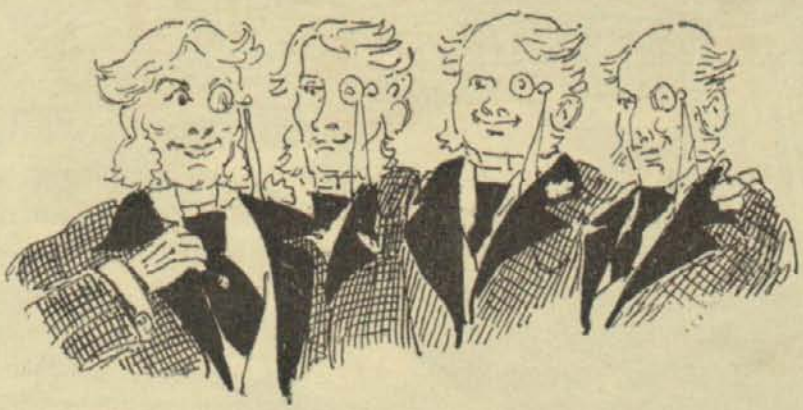
© Biblioteca Nacional de España

se en aguas cantábricas; gastaba de todos modos un dineral llevando vida de príncipe ruso, y haciéndose tratar de alteza por todos sus paniaguados, excepto, el perrillo

del portero, que sin duda por lo del olfato

no pudo nunca *sufrirle*, aunque sufrió de él.

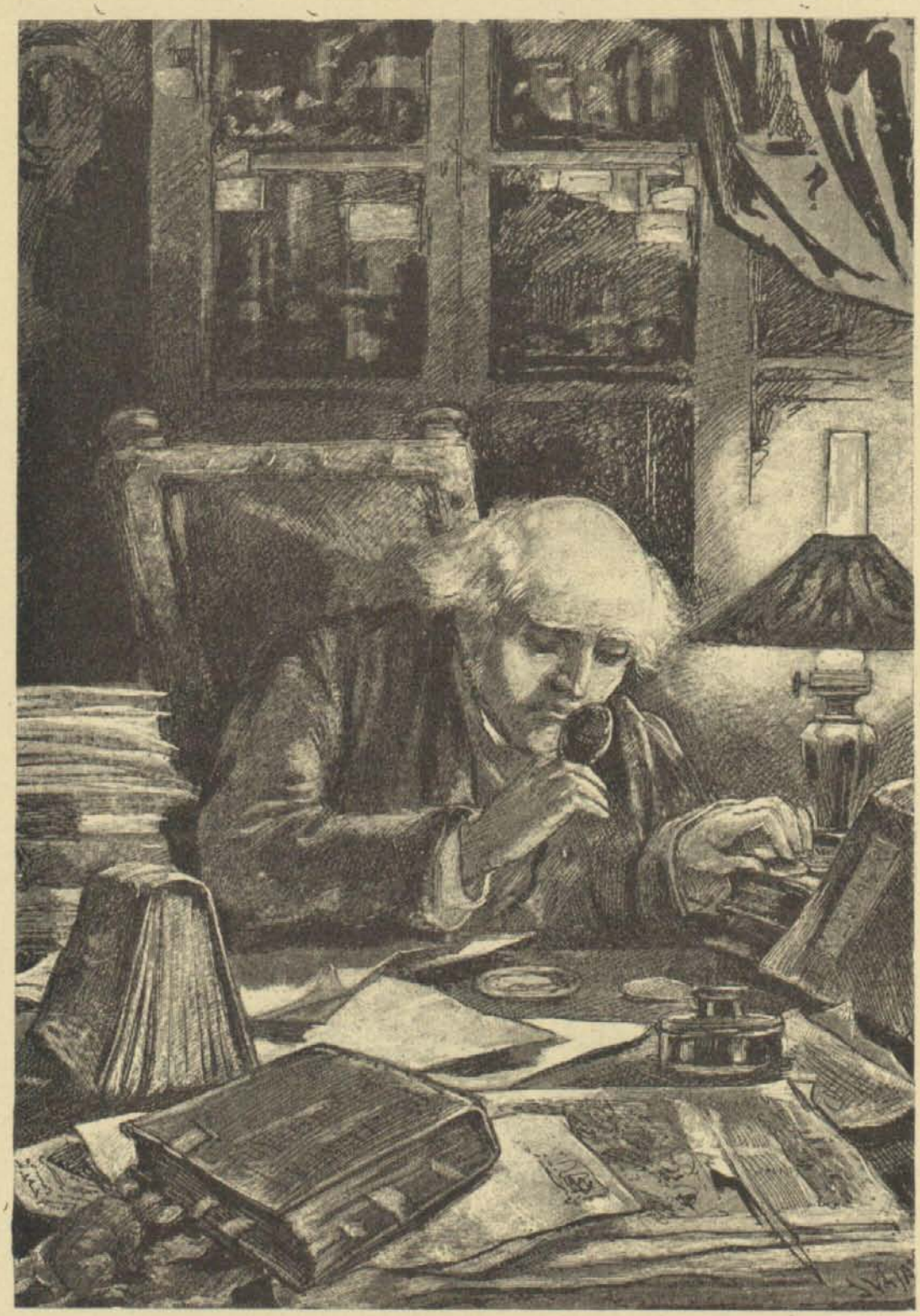
Pues señor, que apesar de todo, al cabo de algun tiempo mi caballerito se aburria: cansado ya de sosos devaneos y de *amigos* de esos que á todos tratan de Benitos, ó benditos de Dios, porque pagan y rien, por encima de ello, quiso nada ménos que casarse, casarse, sí señor, como si fuese un



hombre capaz de saber qué es lo que quiere, y encontró una princesita palatina cuyo tio, destronado por Bismark, habia contraido deudas de príncipe durante su emigracion.

(Se continuará).

© Biblioteca Nacional de España



Historia de un ochavo.—DON FACUNDO.

© Biblioteca Nacional de España

HISTORIA DE UN OCHAVO.

III.

Lo que puede resultar de tener mal genio un mancebo de tienda.

Cada dia era más querida Luisa de sus amos, y la verdad es que hacia cuando podia por tenerles contentos y ganarse su afecto. Servia el almuerzo y la comida con puntualidad, cosa que, al decir de doña Gertrudis, no habia podido lograr hasta entónces, y cuidaba de que hubiese agradable variedad en la modesta mesa de D. Facundo. Como era honrada, no sisaba, de lo cual resultó una disminucion en el gasto de la compra; además, planchaba y tenia la casa muy limpia: y si bien es verdad que doña Gertrudis la ayudaba, el principal mérito á Luisa pertenecia, y su ama no se le negaba. D. Facundo hacia de ella grandes elogios, porque sabia preparar la sopa de arroz con azafran á su gusto, pues hay que saber que el numismático no podia tomarla sin el azafran, manía como otra cualquiera. Las anteriores criadas le echaban unas veces demasiado pronto y otras tarde, pecando así por carta de más como por carta de menos, mientras Luisa sabia escoger el punto y la cantidad con tanto pulso que parecia que en su vida hubiese hecho otra cosa. Mayores hubieran sido las alabanzas de D. Facundo, sino hubiese estado tan preocupado, mejor dicho, tan irritado, debiendo convenir en que para ello tenia motivos, pues hablando con el Sr. Rodriguez, conocido suyo, de la moneda de Neron y de su empeño en averiguar si pertenecia á la primera época á pesar de estar tan deteriorada, le habia contestado que no saldria airoso, porque para ello se requerian grandes conocimientos numismáticos. D. Facundo se puso rojo, blanco, verde, y todos los colores del arcoiris pasaron por su rostro, porque decirle tal cosa equivalía á echarle en cara que era un ignorante, á él, que habia gastado su vida examinando y clasificando monedas. ¡Y un Rodriguez habia sido el audaz que á tanto se habia atrevido! Doña Gertrudis temió que su marido enfermara, porque á lo mejor exclamaba:—"¡Ah Rodriguez! ¡Si siquiera tuviese otro apellido menos comun!„—Y en sueños tambien murmuraba:—"¡Ah Rodriguez!„—Su empeño en clasificar la moneda de Neron redobló, porque su amor propio de numismático estaba comprometido en evidenciar á todos los Rodriguez nacidos y por nacer que tenia conocimientos para tanto y para mucho más. Doña Gertrudis procuraba distraerle.

© Biblioteca Nacional de España

dándole con mucha frecuencia sopa de arroz sazonada con azafran.

Una tarde debió salir Luisa á una compra y le sobró un ochavo, que solo podia cojerse con tenazas; tan tomado de cardenillo estaba; pero como le tenian mandado que no rechazara ninguno, porque en las tiendas se ocultan en forma de cuartos y ochavos muchas monedas antiguas, le prefirió á una moneda brillante y recien acuñada, pues hubiera tenido una verdadera satisfaccion en poder proporcionar á D. Facundo algun ejemplar raro. Al entrar la jóven con su ochavo, se propuso ir al gabinete del numismático para enseñárselo, mas llamóla en aquel instante Doña Gertrudis, y dejó el ochavo sobre la mesa del comedor, donde no tardó D. Facundo en verlo, pues como aquel recibia luz del medio dia, fué á él con la lente y la moneda de Neron, por si podia ver lo que era algo que á él le parecia un perfil, y podria resolver el problema, pero que, probablemente, nada era. Al fijarse en el ochavo dejado allí por Luisa, le tomó, comenzó á darle vueltas; como en todo creia hallar monedas antiguas, dándole vueltas y aplicándole la lente, á su gabinete volvióse sin recordar que al tomar el ochavo de Luisa habia dejado sobre la mesa la moneda de Neron, cosa que nada tiene de particular, pues sabido es que las distracciones eran muy frecuentes en D. Facundo.

Aquel dia, Doña Gertrudis habia dispuesto que la sopa fuese de arroz con azafran, pero éste se habia concluido, y fué preciso ir á la tienda por un ochavo, que en tan gran cantidad se compraba.

—Uno me ha sobrado, dijo Luisa á su amo, pero, como está muy sucio, tal vez sea una de esas monedas á las que tanta aficion tiene el señorito.

—Veamos, dijo Doña Gertrudis. Y, apenas hubo visto el ochavo, añadió: —Eso es una porquería. El primer dia mi esposo se envenena á fuerza de permanecer horas enteras con la boca abierta delante de tales pedazos de cobre llenos de cardenillo. Llévatelo y conviértelo en azafran.

Gracias á esta órden, la moneda de Neron fué hácia la tienda, llevada en la mano por Luisa; pero allí donde tenia la costumbre de comprar, se habia acabado el azafran y tuvo que ir á otra, en la que por primera vez entraba, y se anunció diciendo:

—Deme V. un ochavo de azafran.

El mancebo, que leyendo estaba, refunfuñó porque por un ochavo le obligaban á interrumpir la lectura, levantarse, cojer una caja, destaparla, retirar de ella azafran y envolverle en un papel de estraza; debiendo convenir en que son muchas operaciones para un ochavo; pero no hubo mas remedio que hacerlas, si bien de mal grado, lo que fué causa de que se turbase Luisa, que era muy timorata. El mancebo tiró con desden el papel

© Biblioteca Nacional de España

que envolvia el azafran sobre el mostrador, diciendo con displicencia:

—Ahí vá. Venga el ochavo.

—Tómele V., murmuró Luisa, que deseaba verse en la calle. Pero apenas habia dado el primer paso marchándose, cuando el mancebo gritó:

—Oiga V., señora princesa: ¿se ha figurado V. que en esta tienda se usan guantes para no mancharse tocando tales suciedades? Llévese V. ese boton recojido en estercolero, y traiga otra moneda que no exija dos reales de jabon para lavarme las manos despues de tocarla.

—No tengo otra, balbuceó la jóven.

—Pues se lleva el azafran de balde, porque yo no quiero un ochavo. Vea el caso que de él hago.

Y el caso que de él hizo fué tirarlo con mucho brío y poco tino, pues parados estaban en la acera y delante de la tienda, disputando con gran calor, dos caballeros, ambos de genio fuerte, y uno de ellos tan corto de vista, que, apesar de los anteojos que cabalgando sobre sus narices llevaba, mas allá de ellos no veia; y como el ochavo diera en las antiparras, saltaron del golpe sobre el empedrado, en ocasion en que entre ambos interlocutores se cambiaban frases fuertes y amenazadoras. Creyóse agredido el de los anteojos, y levantando el baston quiso descargarle en los hombros del otro, que tuvo un quite oportuno para él, mas no para todos, porque el palo fué á dar en uno de los vidrios del escaparate, rompiéndole en mil pedazos, y haciendo rodar un barrilito de escabeche, medio queso de bola y gran cantidad de manteca. Salió dando voces el mancebo, y soltando fuertes gritos escapó Luisa; acudió el dueño de la tienda, pero con mas presteza unos perros que allí habia, atraidos por el olor del queso; quiso el tendero salvar sus géneros, mas como el de los anteojos hubiese quedado punto menos que ciego y se moviera con extrema agitacion, porque no podia darse cuenta de lo que ocurria, topó con el mancebo, que perdió el equilibrio, y, apoyándose en su principal, los dos dieron en el suelo, el primero bañando las narices en el escabeche, el segundo dejando modelada su cara en la manteca. Y á todo esto, Luísa corria azorada y de dos en dos subió los peldaños de la escalera, perdido el tino y el aliento. Abrióse la puerta ántes que llamara, y Doña Gertrudis le dijo, sin fijarse en su estado:

—Vuelve volando á la tienda por el ochavo.

—¡Ay señorita! exclamó la criada, sollozando.

—¿Qué ha sido del ochavo?

—Le han tirado.

—¡Qué desgracia! murmuró Doña Gertrudis. ¡Era la moneda de Neron!

Y al decir esto, puso los ojos en blanco y cayó desmayada sobre un sofá; y como Luísa estuviera ya

© Biblioteca Nacional de España

dominada por la emocion, vió lucecitas en el espacio; el sofá y Doña Gertrudis comenzaron á bailar á su alrededor; extendió las manos y cayó sin sentido en brazos de D. Facundo, que en aquel momento salia de su gabinete, con la inquietud pintada en el rostro.

TEODORO BARÓ.

(Se continuará.)

CIUDADES ARTÍSTICAS.

TOLEDO.

(Continuacion).

Corría el año de 1551 cuando fueron llamados Luis de Vergara y Alonso de Covarrubias para construir la fachada principal del Alcázar que dá cara al norte. Bien desempeñaron su cometido aquellos célebres maestros, puesto que adoptando con feliz acuerdo un estilo de transicion entre el plateresco y el greco-romano, alzaron una portada severa en sus lineamientos, como lo era el monarca que entónces regía los destinos de España, y de un aire artístico en sus detalles cual correspondia á la alteza del monumento y del señor que lo costeaba. Vénse á entrambos lados de la puerta de ingreso columnas jónicas estriadas de excelente modelo y sobre el dintel un colosal escudo imperial, con dos heraldos que lo guardan, esculpidos con una fineza y un garbo que han merecido de historiadores y críticos unánimes y calurosos elogios. *Carolus V. Romanorum Imperator, Hispaniarum Rex, MDLI* dice una inscripcion allí puesta, que no por lacónica deja de ser expresiva en alto grado. A Juan de Herrera se confió la fachada de mediodía, que se quedó muy por debajo de la que trazaron Vergara y Covarrubias. En el interior, objeto hoy de una restauracion concienuda, y que há pocos años se encontraba en lastimoso estado, llama en primer término la atencion del visitante, el anchuroso patio y más particularmente la majestuosa escalera que proyectó Francisco de Villalpando, quien recibia las instrucciones directas del Rey Felipe II y no ganaba por cierto, más allá de seis reales diarios. En 1710 padeció muchísimo el Alcázar y en 1744 empezó D. Ventura Rodriguez la restauracion que hoy se está continuando, segun queda dicho, y en la que ha trabajado el pintor catalan don Francisco Sans, ejecutando para uno de los salones un friso en el cual están representadas por gallarda manera y con noble estilo las victorias del Emperador Cárlos V.

Del reinado anterior de los Reyes católicos databa la Casa Consistorial de Toledo que hizo levantar el primer Corregidor Gomez Manrique y en cuya escalera se escribieron aquellas sabidas quintillas.

Nobles discretos varones
Que gobernais á Toledo,
En aquestos escalones
Despojad las aficiones,
Cobdicias, temor y miedo.
Por los comunes provechos
Dejad los particulares,

© Biblioteca Nacional de España

Pues os fizo Dios pilares
De tan riquísimos techos
Estad firmes y derechos.

Versos que, buenos ó malos, deberian copiarse en todas las Casas de Concejos, ó mejor deberian saberlos de coro y practicar lo que dicen cuantos como alcaldes y concejales intervienen en los negocios del comun. A fines del propio reinado pertenece en Toledo el famoso Hospital de Santa Cruz, cuya fundacion concibió el prudente consejero de los Reyes Católicos D. Pedro Gonzalez de Mendoza, realizando su pensamiento, como albacea suyo, la magnánima Reina Isabel I. En 1564, último año de su glosioso reinado, comenzó Enrique de Egas la fábrica del Hospital de Santa Cruz, uno de los más preciosos ejemplares de estilo *plateresco*, en el cual, como es sabido, se adoptó la traza general del arte gótico, con decoracion greco-romana y que tuvo aquel nombre por haber sido los plateros de Toledo y Sevilla quienes comenzaron á emplearlo en custodias y relicarios, y quienes contribuyeron especialmente á su desarrollo. Lindísima es sobre toda ponderacion la portada del Hospital de Santa Cruz, así en las cabales proporciones de la puerta de entrada y de las ventanas del cuerpo inferior, como en los bajos relieves, hojarascas, mascarones, figuritas, y detalles de toda suerte, tallados con sumo primor en la piedra y que enriquecen todos sus miembros. Y con ser estupendo el efecto que causa aquella deliciosa página arquitectónica, en cuya ejecucion se reunieron el ingenio del maestro en trazar un conjunto y la habilidad del artífice escultor en decorarlo prolijamente, todavía le hace ventaja el que produce la vista de la sin par escalera del Hospital, tan ajustada en sus proporciones, tan desahogada y grandiosa, como elegante tambien en todas sus partes. Allí son de ver los muros labrados con variados motivos que al par que embellecen cada sillar, no destruyen las líneas generales del aparejo; la barandilla con balaustres majistralmente dibujados y esculpidos con un esmero de que no puede formar idea quien no los haya visto; y por fin los pilares ó poyos de los ángulos, labrados todos al intento de que sin dejar de servir para su oficio de sostenimiento y contrafuertes, desaparezcan las peasadez de la materia detrás de la filigrana de las esculturas.

Aunque no tan magnífico como el Hospital de Santa Cruz, es digno de mentarse asimismo y digno de ser visto en Toledo el llamado Hospital de San Juan de Afuera ú Hospital de Tavera, del apellido de su fundador. Contiene este edificio, aparte de otros pormenores interesantes, el admirable sepulcro del cardenal que fundó el Asilo, soberbia obra del ilustre escultor Alonso de Berruguete. Traza y ejecucion compiten en belleza en este monumento, formado por cuatro águilas que con las alas tendidas guardan los ángulos de la urna, llena de relieves y medallones esculpidos con sentimiento admirable y sobre la que descansa la estátua yacente del cardenal arzobispo D. Juan Pardo Tavera en traje pontifical, estátua cristiana por su actitud y por su expresion y digna del cincel de quien esculpió con acendrada piedad obras que serán siempre embeleso del artista y admiracion de las edades.

F. Miquel y Badia.

© Biblioteca Nacional de España

LA CIEGUECITA.

Luisa era una niña buena, dócil y hermosa.... todo lo hermosa que puede ser una criatura en cuyos ojos no se reflejan la luz del sol ni el azul de los cielos.

La preciosa niña habia aprendido á leer, por el procedimiento especial que se emplea para estos desgraciados, es decir, con letras de relieve; sabia tambien confeccionar algunas labores, y, lo que vale más que todo esto, sabia la Doctrina cristiana, ese pequeño y valiosísimo libro, compendio de los deberes, de las creencias y las aspiraciones de la humanidad. Oraba, pues, humildemente y pedia al Señor resignacion para sufrir su triste suerte, pero cuando, despues de haber hablado con otras niñas más felices, reflexionaba sobre lo que le habian dicho, abundantes lágrimas brotaban de sus ojos sin luz, y corrian por sus mejillas blancas y aterciopeladas, teñidas en su parte superior de un vivo y purísimo carmin.

Si Luísa hubiese podido contemplarse en el espejo, como haceis vosotras, queridas lectoras, se habria encontrado, sin duda, muy bella, pero ¿qué significaba la belleza física para aquel sér que no tenia idea de los colores y que la tenia muy imperfecta de las formas de los cuerpos?

—¡Ay de mí! decia para sí la cieguecita, ¡cuán desdichada me considero cuando mis compañeras me hablan del sol brillante, de la blanca luna, de la viva y purísima luz de las estrellas, del mar inmenso, de la verde pradera sembrada de matizadas flores, del magnífico espectáculo de la naturaleza!

Ayer acariciaban un pajarito.

—Dejádmele tocar, les dije.

Me le entregaron, y solamente sentí que un animalito se agitaba entre mis manos.

Otra vez ponderaban la gracia, la delicada belleza y los vivos y brillantes colores de una mariposa que habian apresado.

—¡Dejádmela! les dije con voz suplicante.

Me la dieron, la cogí con fuerza, y un grito general me dió á conocer que habia cometido una imprudencia.

—¡Ay, pobrecita! ya la has muerto, me dijo una de mis amigas. ¿Por qué no la cogias por las alas?

¡Qué sabia yo, pobre de mí, donde tenia las alas!

Y la niña seguia llorando.

Su madre entró, tan quedito que, aunque Luisa tenia el oido muy fino, como suelen tenerle los ciegos, no percibió el rumor de sus pasos.

—Luísa, hija de mi alma, ¿qué te aflige? preguntó la amante madre.

La ciega no le ocultó la causa de sus pesares.

Tén esperanza, querida; acaso verás muy pronto la luz del cielo y las flores de los campos.

La madre, al hablar así, no tenia la crueldad de inspirar á su niña una vana confianza; habia resuelto, de acuerdo con su esposo, consultar á un célebre oculista que habia hecho maravillosas curaciones.

© Biblioteca Nacional de España

Mas ¡oh desgracia! el facultativo declaró que la ceguera de Luisa era incurable.

Resignóse con su suerte y pidió á Dios paciencia y fortaleza.

Un dia, en que habia llovido mucho, oyó decir á otros niños de la vecindad:

—Ya no lloverá más, puesto que se ostenta en el cielo el arco iris.

Mirad, mirad, ¡cuán hermoso y admirable. ¡Cómo se destacan en el fondo oscuro del cielo sus siete brillantes y bellísimos colores!

La ciega, á pesar de su conformidad con la voluntad de Dios, sintió correr sus lágrimas.

De pronto, una voz más dulce que cuantas notas habia oido la niña en el arpa, la flauta ó el piano, más que todas las armonías de la naturaleza, murmuró en su oido:

—Ten confianza, querida, pronto verás la luz del sol, las flores del campo y el arco iris de los cielos.

La niña tendió los brazos y no halló á nadie.

—¿Quién eres, dijo, puesto que no eres mi madre? No conozco tu dulce acento.

—Soy, le contestó la voz, tu angel custodio.

Han pasado algunos años y las campanas doblan con tristísimo sonido.

Luisa, jóven ya, ha sucumbido á una corta enfermedad, y yace en un blanco ataud. Blanco es tambien su vestido, como su hermoso rostro y como las flores que coronan su frente.

Su alma pura ha volado al seno del Eterno, y allí ve resplandores más brillantes, horizontes más extensos, rios más azules y campos más floridos que los que en el mundo divisan sus compañeras.

Ha recibido el premio de su resignacion.

PILAR PASCUAL DE SANJUAN.

¡CURIOSO!

Uno, que sabe creer,
Aunque no sabe mentir,
Sobre el modo de vivir
Pregunta mi parecer.
¡Brava consulta! sin duelo
Digo que todo se encierra
En *perder* acá en la tierra
Para *ganar* en el cielo.
No te inquietes ni te apenes
Por amarguras que vengan,
Aunque haya impíos que tengan
Plétora inmensa de bienes.
Mucho pide quien espera
En este mundo de historia
Alcanzar la inmensa gloria
De Adan en su edad primera.
¡Ay amigo! cuando aquí
A Jesús crucificaron,
Y su agonía amargaron
¿Te han de tratar bien á tí?

J.

© Biblioteca Nacional de España

UN ZAPATO VIEJO.

Aquí le teneis.

¿No os produce efecto ninguno, eh?

Todo lo más ofender vuestras narices y fastidiar vuestra vista.....

Pues amiguitos, en un zapato hay tantas cosas como en el mundo.

No os riais..... ¿qué hay en el mundo?

Aire, *minerales*, *vegetales* y *animales*.

Pues *aire* rodea el zapato, lo mismo que si fuese la botina más elegante y nueva: *minerales* hay clavados en la suela en forma de clavos de hierro y tachuelas de laton; *vegetales* hay en la goma y el algodon de los tirantes, y producto *animal* es la piel que le constituye: pues bien... ¿nada más?..... Si pudiera deciroslo todo...!

En primer lugar observad que la parte animal del zapato, que es la más importante, es la que primero se estropeó: así el hombre es más frágil, aunque más precioso que cuanto le rodea; luégo vereis que la parte vegetal resiste en segundo lugar la accion del tiempo, y la mineral, por último, siendo la más inanimada, es la que dura y dura miéntras las demás desaparecen al fundirse en ella.

MARISABIDILLO.

SECCION DE DESARROLLO INTELECTUAL.

PROBLEMA AGRÍCOLA.

—¿De dónde, cuándo y cómo nos vino la *patata*?

—¿Cómo fué recibido este precioso tubérculo que ha desterrado el hambre de Europa?

—¿Qué fué preciso hacer para extender su uso?

—¿Con qué prohibicion se logró generalizarla al fin?

ACERTIJO.

Ojos tengo, sin tener
Vista, ni gota serena,
Y no me puedo mover
Sin que *dolores* padezca.
Soy forzudo como nadie,
Pues llevo á veces á cuestas
Más toneladas que arrastran
Veinte mulas de primera.
Quito á los hombres trabajo,
Y á las bestias quito pena,
Y allano, con estenderme,
Las más escarpadas cuestas.
No soy animal anfibio
Ni cosa que lo parezca,
Y tanto vivo en el agua
Como me asiento en las peñas.
Los diluvios me estremecen;
Hácenme mal las tormentas;
Y en diciendo inundacion
Las carnes todas me tiemblan:
Es que paso mil apuros
Siempre que estos casos llegan,
Y hay veces, si cierro el ojo,
Que, si Dios no lo remedia,
De cabeza voy á dar
En donde ménos se piensa.

A.

Imprenta de Jaime Jepús, pasaje Fortuny (antigua Universidad)

© Biblioteca Nacional de España